

¿Y NOSOTROS QUÉ?

MEL GILDEN

Del sótano subía el hedor de una horripilante mezcla de brebajes de otros mundos. Lerd se detuvo en lo alto de la escalera y atisbó en la oscuridad. Sus ojos, ya saltones de natural, adoptaron una especie de simetría esférica. Y luego, con el rígido andar con tres piernas, habitual en los droshi cuando tenían prisa, Lerd bajó las escaleras de un salto y se abrió paso entre las mesas dispersas hasta la barra.

El dragón que estaba de servicio esa noche le preguntó:

—¿Qué le sirvo? —Su voz era un agradable contralto.

—Busco un *grundy* y un *furble* —susurró Lerd.

—¿Qué?

El dragón se inclinó sobre la barra e hizo tintinear las escamas contra el acabado de madera de imitación. Sus dientes relucían cuando incidía sobre ellos la escasa luz de la estancia.

Lerd se apartó para no recibir el mal aliento que despedía la boca forrada de cuchillas que colgaba medio metro por encima de su cabeza. Intentando controlar sus náuseas, tomó del brazo al dragón y lo condujo hacia el extremo más apartado de la barra. El dragón comenzó a hurgarse los dientes con un dedo acabado en una garra.

—Oiga —dijo Lerd—, busco un *grundy* y un *furble*. Los necesito en seguida. Esta misma noche. ¿Sabe dónde podría encontrarlos?

El dragón le lanzó una mirada feroz.

—¿Dónde se ha creído que está? —Y comenzó a alejarse.

Lerd depositó un billete de cinco créditos sobre la barra.

El dragón se volvió atrás. Ensartó experimentalmente el billete con una uña y se lo guardó en algún lugar oculto entre sus escamas.

—¿Qué estaba diciendo?

—Necesito un *grundy* y un *furble* para esta noche. Antes que yo mismo me metamorfosee en un *grundy*.

—Muy interesante.

El dragón se llevó la mano a la boca con un estudiado gesto de fastidio, mientras intentaba ahogar un bostezo.

—Ya tengo un *tibbit*, pero no sé si ella resistirá mucho tampoco.

—Su situación es difícil —dijo el dragón—. Resulta bastante difícil encontrar parejas para los droshi aquí en la Tierra.

—Y que lo diga.

El dragón se hurgó las escamas. Levantó una de ellas y se rascó la delicada piel encarnada que tenía debajo, dejando caer luego otra vez la escama con un chasquido metálico.

Lerd sacó otro billete de cinco créditos.

El dragón tomó el dinero tal como había hecho antes. Luego dijo:

—¿Ve ese tipo de ahí, en el rincón?

—¿El que tiene unas cicatrices fluorescentes en el cuerpo?

—El mismo. Es un pilto y uno de los mejores suministradores del centro de Los Ángeles. Sin duda él podrá ayudarle.

—Gracias —dijo Lerd y se dirigió hacia el pilto caminando sobre sus tres huesudas piernas.

—Oiga, señor. El dragón me ha dicho que usted podría ayudarme a solucionar un problema que tengo.

El pilto levantó sus ojos compuestos. Los triángulos luminiscentes que cubrían su rostro apuntaban todos hacia el centro de su cabeza y le daban un aspecto listado como el cuerpo de un abejorro.

—¿De qué se trata? —Sorbió un poco de una especie de fango marrón con su lengua hueca.

—Necesito urgentemente un *grundy* y un *furble*.

—No será difícil —dijo el otro—. Puedo concertar una cita para mañana por la tarde.

—Para entonces será demasiado tarde. Mi *tibbit* y yo nos habremos transformado ya.

—¿Y no puede copular en la próxima fase?

—Claro que sí. Pero nunca lo he hecho en forma de *cachi*.

El pilto meneó la cabeza.

—Bueno, en ese caso... —Se interrumpió y, sus luces parpadearon—. Un momento. —Sus ojos adquirieron un tono lechoso.

Lerd observó fascinado cómo el pilto bamboleaba la cabeza y agitaba sus brazos de insecto. Luego sus ojos volvieron a aparecer límpidos otra vez y le dijo a Lerd:

—Hay posibilidades. —Garabateó unas palabras sobre un papel—. Conozco a alguien que puede ayudarle.

Lerd agarró ansiosamente el papel.

—¿Cuánto le debo?

—Ya le pagará al señor Herbinger en esta dirección.

El vestíbulo era una pesadilla de algodón de azúcar. Las paredes, los suelos y el techo se fundían sin solución de continuidad, lo cual le daba la forma de un elipsoide. Todo estaba recubierto de una pelusa rosácea.

Lerd acarició la suave piel que cubría el centro de la espalda del tibbit.

—No debes preocuparte en absoluto, Sava —dijo—. Me han dicho que ese pilto es el mejor alcahuete del centro de Los Ángeles.

—Confío en ti, Lerd. De verdad.

Avanzaron tomados de las garras a través del gran mar plumoso que les separaba de una hilera de puertas cerradas. La tercera de ellas tenía un rótulo que decía «SEÑOR HERBINGER» en letras doradas.

Lerd llamó a la puerta.

—Adelante —dijo jovialmente una voz, y la puerta se descorrió. Entraron en el despacho. Un hombre les recibió de pie tras una gran mesa de caoba.

—Ah, sí —dijo el señor Herbinger—. El pilto ha llamado y me ha hablado de su problema. —Miró a Sava, cuyo rostro se tiñó inmediatamente de verde—. Y usted debe ser el *tibbit*. ¡Qué simpático!

El hombre se frotó las manos y se sentó detrás de su mesa. Del suelo brotaron como setas dos sillas para el droshi.

—¿De verdad podrá ayudarnos? —preguntó Lerd.

El hombre rió.

—Claro que sí. Nuestra compañía, Amor y Satisfacción Universales, ha resuelto casos mucho más difíciles que el suyo. Por ejemplo, el volcuna de anillos rojos tiene ocho sexos, cada uno de los cuales tiene su temporada de celo coincidiendo con una de las distintas lunas de Rigel VII. Los pupús con plumas de Gamma Hidra IV, aunque son asexuados, necesitan que un miembro de su propia raza les ayude a separar los vástagos que brotan de ellos, de lo contrario estos matan al padre. Pero, sin duda, el caso más interesante de todos es el del flonx de la región de las Pléyades. El flonx no sólo necesita un macho y una hembra para copular, sino también un trozo de raíz de ziml. Esta raíz no tiene ninguna otra utilidad, ni siquiera para un flonx. Sin ella, un flonx hambriento de sexo acaba muriendo realmente de carencia sexual.

—¿Y a todos les han resuelto el problema? —preguntó Lerd.

—Sí, así es; como puede ver, su problema no es realmente tal, en absoluto.

Lerd miró a Sava con ojos llenos de deseo.

—¿Entonces tiene un *grundy* y un *furble*? —dijo en tono de alivio.

El señor Herbinger dejó de contemplar con ojos benignos el espacio que mediaba entre ellos y volvió la cabeza hacia Lerd.

—¿Un *furble*? Nadie me habló de un *furble*.

Lerd sintió como se le erizaban los pelos del lomo.

—¿No le dijo el pilto que también necesitamos un *furble*?

—No.

Lerd se levantó y comenzó a balancearse hacia atrás y hacia delante como es habitual en los droshi cuando están furiosos.

—¡Pero, no es posible! Le dije claramente al pilto que necesitaba un *grundy* y un *furble*.

El señor Herbinger tomó un lápiz y comenzó a escribir rabiosamente.

—De verdad, no sé cómo excusarme por el descuido del pilto. Pero es un agente autónomo y no podemos hacer gran cosa para disciplinarle.

—¿Y qué puedo hacer ahora?

El señor Herbinger golpeó nerviosamente a la mesa con la estilográfica.

—Pues bien —dijo—, ya tiene usted el tibbit y nosotros podemos proporcionarle el *grundy*. A pesar de la aparente informalidad del pilto, él es realmente el único que tiene experiencia en la obtención de compañeros de cama para los droshi. Le sugiero que vaya a verlo otra vez. Tal vez a él se le ocurra algo. —Meneó tristemente la cabeza—. La demanda de parejas droshi es tan escasa. Sabía que esto acabaría ocurriendo algún día. Se lo dije a los de la dirección. Les dije: «Un día vendrá alguien que...»

—Gracias por su ayuda —dijo Lerd cuando ya cruzaba la puerta en compañía de Sava.

Y salieron.

Del sótano subía el hedor de una horripilante mezcla de brebajes de otros mundos. Lerd bajó rápidamente las escaleras de un brinco y cruzó la sala en dirección al lugar donde seguía sentado el pilto. Se dejó caer en una silla y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

El pilto le lanzó una mirada inocente.

—¿Qué quiere decir con eso de qué ha pasado?

—Quiero decir, ¿cómo es que el señor Herbinger no sabía que yo necesitaba un *furble*?

—¿No lo sabía? Qué raro. Le dije claramente que usted necesitaba las dos cosas: un *grundy* y un *furble*.

Lerd se rascó la garra derecha y se le desprendió un pequeño trozo escamoso de tegumento. Lo miró aterrorizado.

—¡Gran Froth! —exclamó aterrorizado.

—¿Qué sucede?

—Nada. —Agitó las garras en el aire con desesperación—. Absolutamente nada. Pero debe conseguirme un *furble* sin tardanza.

—Si los de Amor y Satisfacción Universales no pueden ayudarle, no sé quién podrá hacerlo. Ya sabe usted cuánto cuesta conseguir parejas para los droshi.

Lerd se inclinó sobre la mesa, agarró al pilto por su collar espinoso y empezó a sacudirlo.

—¡Tiene que encontrarme un *furble* ahora mismo! —gritó.

Las garras, todavía aferradas al cuello del pilto, se desprendieron del cuerpo de Lerd. Cayeron sobre la mesa con un chasquido. Lerd le lanzó una extraña mirada y dijo:

—Demasiado tarde...

Sus ojos saltones se aplanaron y se deslizó de la silla para caer al suelo.

Un grupo de gente se aglomeró en torno al droshi caído.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo el barman.

El pilto hincó suavemente una garra en el cuerpo inmóvil.

—Ha iniciado la metamorfosis. Probablemente ya sabía lo que iba a sucederle. Pobre *cachi*. Cuando se levante mañana por la mañana, será un *grundy*.

—Eso es lo que andaba buscando, ¿no? —preguntó el barman.

—Sí. Pero ahora ya no le servirá de nada. Cuando se haya aclimatado, su *tibbit* se habrá convertido en un *furble*.

El barman meneó la cabeza.

—Entonces necesitará otro *tibbit* y también un *cachi*.

—Es complicado esto del sexo —dijo el pilto, y se arrancó un parche fluorescente de la cara y lo pegó debajo de la mesa.

El dragón pasó por encima del cuerpo caído de Lerd y arrancó el parche de la mesa. Se lo devolvió al piloto.

—¿Te has creído acaso que todavía estás en la escuela?

FIN

Libros Tauro